

PAPEL | CULTURA

Por **Alberto Rojas**. Ilustración de **Keith Burns**

Ningún acontecimiento ha generado en la historia del ser humano tanta literatura, tanto cine y tanto espacio de radio como la Segunda Guerra Mundial. No hay periodo más estudiado y, a la vez, más cargado de mitología basura y romanticismo cremoso. En esa carrera por desmenuzar las viejas narrativas y leyendas propagandísticas solidificadas en el tiempo se adelanta al resto el historiador James Holland (Salisbury, 1970). Ahora publica en España *La Segunda Guerra Mundial, una historia ilustrada* (Ático de los Libros), el libro que todos los aficionados a la lectura de este conflicto nos hubiera gustado tener en nuestra adolescencia.

Desde su despacho nos atiende Holland con un ojo puesto en la Segunda Guerra Mundial y otro en los conflictos actuales, especialmente en Ucrania. «Hay muchos historiadores que se han dedicado a dos de los tres niveles que definen una guerra. En el nivel



estratégico, por ejemplo, tomar Berlín, o vencer a determinado país, por ejemplo. El nivel táctico es el bélico propiamente dicho, la manera en la que la tripulación de un carro de combate trabaja para moverlo y disparar. Pero luego está en nivel operacional, que une los dos niveles anteriores».

¿Qué es exactamente el nivel operacional en el que se ha especializado Holland? «Es el número de fábricas que trabajan: la logística, el armamento que se produce, la ropa de invierno, las medidas económicas... ¿Cuántos submarinos eres capaz de construir? ¿Cuántos tanques vas a fabricar? ¿Cómo vas a llevarlos al frente? ¿Son fáciles de mantener?», se pregunta Holland, que remata: «La mayor parte de los historiadores se han ocupado de los dos primeros niveles, pero muy pocos del tercero. Y es justo ahí donde más cuestiones tenemos por investigar sobre este conflicto y es donde podemos cambiar esas narrativas absurdas».

Pone un ejemplo: «El plan del Tercer Reich para aumentar su poder naval preveía construir barcos pesados, pero ese plan era una locura. Jamás estuvieron cerca de hacerlo simplemente porque no podían. No tenían la experiencia para hacerlo que sí tenía Gran

James Holland, vestido como un soldado aliado en su investigación.

Dibujo de Keith Burns en 'La II Guerra Mundial: una historia ilustrada'.

Bretaña, por ejemplo. Por eso, tardaron en darse cuenta de que, en realidad, la apuesta ganadora era construir muchos sumergibles *U-boat*. Llegaron demasiado tarde. En el momento decisivo de la batalla del Atlántico nunca hubo más de 40 submarinos alemanes en activo. Y eso fue por culpa de la decisión equivocada de Adolf Hitler, al que le gustaban mucho los navíos de gran tamaño, con botellas de champán en la botadura y todo eso. Que Hitler se metiera en las grandes decisiones militares fue un desastre para Alemania. Cuando los autócratas se lanzan a hacer la guerra casi nunca ganan a las democracias».

Por último, el historiador británico suele acercar aún más el foco al plano íntimo de los soldados que preparan un café usando un casco de acero, escriben cartas a su familia, rezan lo que saben, tratan de espantar las nubes de mosquitos en las selvas del Pacífico Sur y mantienen sus calcetines secos para evitar los pies de trinchera.

El volumen, ilustrado por el dibujante Keith Burns, con enormes láminas elegidas por Holland, repasa desde los antecedentes de la guerra hasta la destrucción total del nazismo y del Imperio Japonés con las bombas atómicas. «Keith es un irlandés muy amable y es muy sencillo trabajar con él. Estamos acostumbrados a ver representada la Segunda Guerra Mundial en imágenes en blanco y negro, pero cuando Keith les da color les transmite una gran energía. Esas láminas se vuelven algo terroríficamente real».

Holland es una especie de *rockstar* en el mundo académico y de la divulgación histórica gracias a sus apariciones en series como *El círculo de Hitler* o *Normandía 1944*. También es un presentador habitual de los documentales de la BBC, pero no es un historiador de la vieja escuela como sus compatriotas Max Hastings o Antony Beevor.

Entre otras cosas, porque Holland aplica lo aprendido en sus investigaciones para analizar conflictos actuales, como la guerra de Ucrania, para la que tiene una postura clara: «Esas imágenes de columnas blindadas llenas de vehículos que luego fueron destruidos, igual que las ciudades arrasadas, me recordaron mucho a las viejas imágenes del frente del Este. Al principio de la guerra Rusia usó su mejor armamento hasta que se le agotó y tuvo que recurrir a las armas que tenía en sus almacenes. Ahora la artillería se usa igual que en la Segunda Guerra Mundial. Lo más deprimente es que estamos viendo conductas humanas antiguas. Occidente tiene una gran responsabilidad en este conflicto. Hay fuerzas oscuras operando en Ucrania que me recuerdan mucho a los años 40 y, si no se derrota a Rusia en este momento será algo catastrófico no para Ucrania, sino para toda Europa».





¿Pero qué hacer con Putin? La Segunda Guerra Mundial se ganó llegando a Berlín. «Es obvio que hay que darle a Ucrania todo lo que necesite para recuperar su territorio. Existe un escenario inquietante. ¿Qué sucede si gana Donald Trump las elecciones y se sale de la OTAN, como ha amenazado? Es cierto que las tropas rusas tienen muy mal entrenamiento y un armamento deficiente, pero Moscú ya ha puesto todas sus fábricas a trabajar para rearmarse a un nivel alto. Si en ese escenario, Putin decide plantarse en los Países Bálticos, por ejemplo, sería difícil de parar. Por eso tenemos que apostar por la disuasión en vez de enfangarnos en nuestras propias disputas. Si Ucrania gana la guerra haría colapsar al régimen de Putin y Rusia acabaría como amenaza militar al menos durante un tiempo. Volviendo a las fuerzas oscuras, debemos enviar así un

“Hitler fue una catástrofe para su Ejército. Cuando los autócratas hacen la guerra, casi nunca ganan”

“Debemos enviar un mensaje a Irán, China o Corea del Norte: Occidente defenderá su forma de vida”

mensaje a países totalitarios como Irán, China o Corea del Norte: Occidente defenderá su forma de vida. El precio de ayudar es muy pequeño comparado con el que podemos pagar si no lo hacemos».

Holland trabaja en los archivos y entrevista a los supervivientes de los hechos que narra, pero si algo define su trabajo es su disposición a probarlo todo. Ha viajado en Jeep, ha desmontado y vuelto a montar una ametralladora MG42, ha volado en un Spitfire biplaza, ha disparado un cañón de 88 milímetros, se ha subido a un tanque Sherman y se ha probado todos los uniformes de la contienda, además de probar las raciones de campaña de los ejércitos y recorrer los campos de batalla de media Europa. «Es importante visitar el paisaje para entenderlo. Cuando un militar escribe en su diario, ‘tal día tomamos tal cresta’ y luego vas a Egipto, encuentras el lugar y te das cuenta de que tiene 10 metros de alto, mientras que en el avance por Italia una cresta eran 1.000 metros de altura. También creo que es importante probar un fusil o meterte en un tanque para oler, sentir y darte cuenta de la pesadilla que era para sus tripulaciones. Y lo mismo sucede cuando te subes a un Spitfire. Es tan estrecho que te fundes con él, te lo llevas puesto. Miras al lado y ves esas preciosas alas justo a tu lado. Eso hace entender cómo se sentían los soldados y pilotos de la época».

¿Ha experimentado lo mismo en su trabajo sobre la Guerra Civil española? «Por supuesto. Estuve de visita en las posiciones de la batalla del Ebro. Me sorprendió la gran cantidad de restos que quedan y poder meterme en trincheras y búnqueres de la época para sentir lo mismo que sentían las tropas».

Como historiador, Holland se atreve a defender que la confección de los uniformes alemanes, tan elegantes que hasta George Lucas los copió para *Star Wars*, fue un derroche de tela que se hacía en su diseño. Por el contrario, el ejército británico usó una chaqueta corta, casi una torerilla, que no despreciaba un centímetro de paño. Fue una decisión más inteligente. Los alemanes copiaron el diseño de aquella chaquetilla en 1944, cuando ya estaban derrotados. De hecho, el propio Holland suele vestir en sus conferencias con prendas originales, como la chaqueta M41 o la N-1 Deck Jacket.

Los aficionados a la Segunda Guerra Mundial también pueden escucharle en el podcast *We have ways of making you talk* junto a su amigo Al Murray. En sus libros, Holland suele salirse del carril marcado por otros historiadores, lo que le ha valido algunas polémicas. Nada que le inquiete de verdad a este antiguo jugador de críquet, que encaja las críticas con un espíritu deportivo muy inglés.

TAYLOR SWIFT SIEMPRE GANA

Por Alberto Rey

De la última gala de los Globos de Oro sólo se recordarán dos cosas: el infame estilo de su maestro de ceremonias, el cómico Jo Koy, y la presencia de Taylor Swift. Entiéndase presencia no como asistencia personal, sino como sombra, energía y entidad sobrenatural que domina la estancia. Que Taylor acudiese a los Globos era lógico e incluso obligatorio, pues la versión cinematográfica de su último espectáculo en vivo (la gira *The Eras*) estaba nominada a un premio, pero aquello también tuvo algo de aparición mariana, de acontecimiento cósmico, de mejor día de nuestras vidas. El momento más viral de la noche fue el robado de una conversación entre Taylor, Selena Gómez y Keleigh Sperry, esposa de Miles Teller. Selena había intentado hacerse una foto con Timothée Chalamet (con quien protagonizó *Día de lluvia en Nueva York*) y Kylie Jenner, actual novia del actor, se lo había impedido. Selena y Kylie arrastran desde hace años una enemistad tan pública como niñata. Seguirlos en redes es divertidísimo. Quizá eso estaba haciendo Willem Dafoe, sentado junto al corrillo y aparentemente absorto en su móvil. Willem igual no sabía que lo estaban grabando. Taylor sí. Porque Taylor sabe que siempre la están grabando.

En el desencuentro entre la protagonista de *Solo asesinatos en el edificio* y una de las muchas protagonistas de *Las Kardashians* la que realmente sale ganando es Taylor Swift. Ella, que es *team Selena*, siempre gana. Y si pierde, ya ganará más tarde. Taylor ni olvida ni perdona. Su mito fundacional es el de una venganza. Un *feud* que viene de cuando Kanye West, exmarido de Kim Kardashian, la humilló irrumpiendo en el escenario en el que ella estaba recogiendo un premio. Según él, aquel premio debería haber sido para Beyoncé. Fue en 2009 en los Video Music Awards de la MTV. Él ya era



entonces considerado un genio renovador del hip hop; ella no era todavía ELLA. Hoy West (perdón: Ye) ha caído y Swift es la estrella más exitosa y voraz de la actualidad. Las cifras de facturación de *The Eras* (tanto de la gira como de la película) son impresionantes, las letras de sus canciones, en las que de vez en cuando expone públicamente a sus ex, son analizadas como si fueran el *Tractatus* de Wittgenstein y un pequeño video suyo flipando con lo que le acaba de contar Selena puede romper internet. Igual que su mirada de desprecio puede liquidar la carrera de Jo

Koy. Taylor sabe que es el centro de la cultura pop actual y no tiene ningún miedo de manejar su timón. Además, al lado de sus fans, los zombies de *The Walking Dead* son inofensivos. Como las gemelas Olsen o Jennifer Lawrence, Taylor Swift llegó a la edad adulta en un mundo que veneraba la celebridad a base de memes, hilos de Twitter, *beef*, *shade* y *yass queen*. Y, como ellas (y al contrario que las Kardashians) navega ese paradigma con un talento artístico incuestionable. Taylor lo tiene todo, pero quiere más.

Yo intento llevarme bien con ella, por lo que pueda pasar. Que se lo digan a Jo Koy.

Taylor Swift, durante la reciente gala de los premios Globos de Oro. ALLISON DINNER